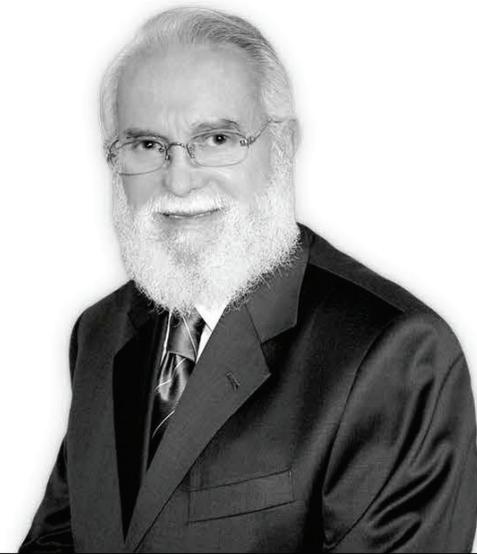


HACIENDO SIEMPRE
LO QUE
LE AGRADA A DIOS

*Sábado, 31 de mayo de 2014
Valencia, Venezuela*



Dr. William Soto Santiago

todos ustedes los que están aquí presentes y los que están en otras naciones.

Que Dios les bendiga y les guarde, y continúen pasando todos una tarde feliz, llena de las bendiciones de Cristo nuestro Salvador.

Dejo con ustedes al misionero, reverendo Miguel Bermúdez Marín, para que les indique cómo hacer para ser bautizados en agua en el Nombre del Señor Jesucristo, los que han venido a los Pies de Cristo en esta ocasión.

“HACIENDO SIEMPRE LO QUE LE AGRADA A DIOS.”

HACIENDO SIEMPRE LO QUE LE AGRADA A DIOS

*Dr. William Soto Santiago
Sábado, 31 de mayo de 2014
Valencia, Venezuela*

Muy buenas tardes, amados amigos y hermanos presentes, y los que están en diferentes lugares y en diferentes naciones. Que las bendiciones de Cristo, el Ángel del Pacto, sean sobre todos ustedes y sobre mí también. En el Nombre del Señor Jesucristo. Y que nos abra las Escrituras en esta ocasión y nos hable directamente a nuestra alma. En el Nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Es para mí una bendición grande estar con ustedes en esta ocasión, con todos ustedes aquí presentes y con los que están en otras naciones, hoy sábado, en la actividad del primer sábado de cada mes; y adelantamos para hacerla hoy sábado 31 de mayo, para estar aquí con ustedes.

Ya vieron las actividades que se han tenido durante la semana, las cuales han sido de un éxito total; porque son actividades, trabajos, en favor de la familia humana. Recordando que los dos grandes mandamientos que Jesús menciona, son: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas.” Y el segundo es

semejante: “y a tu prójimo como a ti mismo.” [San Lucas 10:27]

Siempre que estamos trabajando en favor del prójimo, en favor de la familia humana, estamos cumpliendo el segundo mandamiento; y es por causa de que cumplimos el primero, es por causa de que amamos a Dios.

Y ahora, en San Juan, capítulo 8, versos 21 al 30, nos dice la Escritura:

“Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir.

Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir.

Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.

Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis.

Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho.

Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo.

Pero no entendieron que les hablaba del Padre.

Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.

Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada.

Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él.”

bautice con Espíritu Santo y Fuego, y produzca en ustedes el nuevo nacimiento.

El bautismo en agua no quita los pecados, es la Sangre de Cristo la que nos limpia de todo pecado; pero el bautismo en agua es un mandamiento del Señor Jesucristo en el cual nos identificamos con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección. Ese es el tipo y figura del bautismo en agua.

Por lo tanto, desde el Día de Pentecostés, miles y después millones de seres humanos, que han recibido a Cristo como Salvador: han sido bautizados en agua en el Nombre del Señor Jesucristo; y Cristo ha producido en ellos el nuevo nacimiento, bautizándolos con Espíritu Santo y Fuego, y produciendo en ellos el nuevo nacimiento.

Veán, cuando Cristo subió de las aguas bautismales, vino el Espíritu Santo sobre Jesús; por lo tanto, bien puede ser bautizados, recordando que cuando la persona recibe a Cristo como Salvador, muere al mundo; y cuando el ministro lo sumerge en las aguas bautismales, simbólicamente, tipológicamente está siendo sepultado; y cuando lo levanta de las aguas bautismales, está resucitando a una nueva vida: a la vida eterna con Cristo en Su Reino eterno. Tan sencillo como eso es la tipología, el simbolismo del bautismo en agua en el Nombre del Señor Jesucristo.

Y si Cristo tuvo necesidad de ser bautizado por Juan el Bautista, ¡cuánto más nosotros tenemos necesidad de ser bautizados en agua en el Nombre del Señor Jesucristo!

Por lo tanto, bien pueden ser bautizados; y que Cristo les bautice con Espíritu Santo y Fuego, y produzca en ustedes el nuevo nacimiento. Y nos continuaremos viendo eternamente en el Reino de Cristo nuestro Salvador.

Será hasta mañana, Dios mediante, en que estaré con

que han venido a los Pies de Cristo en esta ocasión.

Con nuestras manos levantadas a Cristo, al Cielo, y nuestros rostros inclinados y ojos cerrados:

Padre celestial, en el Nombre del Señor Jesucristo vengo a Ti con todas estas personas que están recibiendo a Cristo como único y suficiente Salvador, aquí presentes y en diferentes naciones. Recíbeles, Señor. Te lo ruego, Padre, en el Nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Y ahora repitan conmigo esta oración, los que han venido a los Pies de Cristo nuestro Salvador:

Señor Jesucristo, escuché la predicación de Tu Evangelio y nació Tu fe en mi corazón.

Creo en Ti con toda mi alma, creo en Tu Nombre como el único Nombre bajo el Cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos. Creo en Tu Primera Venida. Creo en Tu muerte en la Cruz del Calvario como el Sacrificio de Expiación por nuestros pecados.

Reconozco que soy pecador y necesito un Salvador. Doy testimonio público de mi fe en Ti y de Tu fe en mí, y te recibo como mi único y suficiente Salvador.

Te ruego perdones mis pecados y con Tu Sangre preciosa me limpies de todo pecado; y me bautices con Espíritu Santo y Fuego, luego que yo sea bautizado en agua en Tu Nombre. Te lo ruego, Señor Jesucristo, en Tu Nombre Eterno y glorioso, para quien sera la gloria y la honra por los siglos de los siglos. Amén y amén.

Ustedes me dirán: “Quiero ser bautizado en agua en el Nombre del Señor Jesucristo; porque Él dijo: *‘El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.’*”

Por cuanto ustedes han creído en Cristo de todo corazón, bien pueden ser bautizados; y que Cristo les

Tomamos estas últimas palabras de Jesús, que dice: *“Porque yo hago siempre lo que le agrada (lo que agrada a Dios, al Padre).”* Eso era lo que Jesucristo hacía, y es lo que hace cada creyente en Cristo; y tiene que estar consciente, cada creyente en Cristo, que esté haciendo lo que le agrada a Dios, lo que le agrada al Padre celestial.

“HACIENDO SIEMPRE LO QUE LE AGRADA A DIOS.”

Cristo dijo que Él hacía siempre lo que le agradaba a Dios, al Padre. Y de acuerdo a lo que estaba escrito de Él en la Escritura, que es el testimonio que el Padre daba de Cristo a través de los profetas, Cristo cumpliendo las promesas mesiánicas correspondientes a la Primera Venida del Mesías, estaba haciendo lo que le agradaba al que lo envió, al Padre; el cual lo envió para llevar a cabo lo que en la Escritura profética decía que haría el Mesías.

Y los creyentes en Cristo luego estarían haciendo lo que dice la Escritura, lo que dice Cristo, lo que dicen los apóstoles que estará haciendo la Iglesia del Señor Jesucristo.

La Iglesia del Señor Jesucristo es lo más grande que Cristo tiene en la Tierra: es la Casa de Dios, el Templo de Dios como Cuerpo Místico de creyentes. Y cada creyente en Cristo como individuo es un templo espiritual donde mora Dios en Espíritu Santo; así como sucedía en Jesucristo, en el cual moraba Dios en Espíritu Santo. Vean, en San Juan, capítulo 2, verso 19 en adelante, dice:

“Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.”

Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?

Mas él hablaba del templo de su cuerpo.”

Así como el cuerpo físico de Jesús era la casa terrenal humana de Dios, el Templo humano de Dios donde moraba Dios en toda Su plenitud: cada creyente en Cristo es un templo espiritual donde mora Dios en Espíritu Santo; y por cuanto Cristo dijo: “El Padre y yo una cosa somos,” mora Cristo en cada creyente, en Espíritu Santo.

Recuerden que Él dijo: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.” San Mateo, capítulo 28, verso 20. Y en San Mateo, capítulo 18, verso 20 dice: “Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí yo estaré.”

O sea, que Cristo está en cada creyente, dentro de él, en Espíritu Santo, por medio del Espíritu; y en los creyentes en Cristo como Cuerpo Místico de creyentes, donde se reúnen: “Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí yo estaré,” dice Cristo.

El Espíritu Santo, que es Cristo en Espíritu Santo, está con nosotros aquí en esta ocasión, porque estamos reunidos en Su Nombre. Es una promesa de Cristo a través de estos dos mil años que han transcurrido de Cristo hacia acá; y sobre todo, del Día de Pentecostés hacia acá, Cristo ha estado en la Tierra en medio de Su Iglesia como Cuerpo Místico de creyentes, llamando y juntando en Su Cuerpo Místico de creyentes los que están escritos en el Cielo, en el Libro de la Vida del Cordero.

Esos son los elegidos de Dios, los predestinados de Dios que nos ha hablado la Biblia; y cada persona viene en el tiempo señalado por Dios para aparecer en esta Tierra y escuchar la predicación del Evangelio de Cristo, y nacer la fe de Cristo en su alma, y dar testimonio público de su fe en Cristo, recibéndolo como único y suficiente Salvador; y luego siendo bautizado en agua en el Nombre del Señor

eterna es el Señor Jesucristo; por lo cual, toda persona que quiere vivir eternamente necesita venir a los Pies de Cristo nuestro Salvador.

Cristo dijo en San Juan, capítulo 14, verso 6: “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.*”

Queda establecido por Cristo que la forma de acercarse a Dios, al Padre, es por medio de Cristo: “Y nadie viene al Padre sino por mí,” dice Cristo en San Juan, capítulo 14, verso 6. Y no hay otra verdad, Cristo es la Verdad. Y no hay otra Vida.

Es importante asegurar nuestro futuro eterno con Cristo en Su Reino eterno, porque todos queremos vivir eternamente. Si esta vida temporal que nos ha tocado vivir en estos cuerpos temporales es tan buena, ¿cómo será vivir eternamente en un cuerpo que nunca se pondrá viejo, que estará representando siempre de 18 a 21 años de edad?, un cuerpo glorificado, un cuerpo inmortal, un cuerpo igual al cuerpo de nuestro amado Señor Jesucristo, el cual está tan joven como cuando subió al Cielo. Y lo vamos a ver cuando tengamos el cuerpo nuevo nosotros también; entonces seremos como Él.

Por lo tanto, lo más importante para el ser humano es la vida eterna; y por consiguiente, la persona más importante, la cual tiene la exclusividad de la vida eterna para impartirla a los que desean vivir eternamente, es Jesucristo. Porque no hay otro Salvador. “*Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.*” (Libro de los Hechos, capítulo 4, verso 12). Y si no hay otro Nombre, entonces todos necesitamos a Cristo para que nos dé la vida eterna.

Vamos a estar puestos en pie para orar por las personas

somos.’ Así como usted, como su cuerpo físico y su espíritu y su alma: son uno). ”

Por lo tanto, queremos siempre hacer lo que le agrada a Dios, como hijos e hijas de Dios.

Si hay alguna persona que todavía no ha recibido a Cristo como Salvador, lo puede hacer en estos momentos; y estaremos orando por usted, para que Cristo le reciba en Su Reino, le perdone y con Su Sangre le limpie de todo pecado, sea bautizado en agua en el Nombre del Señor, y Cristo le bautice con Espíritu Santo y Fuego, y produzca en usted el nuevo nacimiento. Y así nazca en el Reino de Dios, el Reino de Cristo, para estar siempre haciendo lo que le agrada a Dios; porque todos queremos hacer la voluntad de Dios, la voluntad del Señor.

Vamos a esperar unos minutos. Si hay alguna persona que todavía no ha recibido a Cristo, y quiere hacer la voluntad de Dios, ya comenzó: escuchando el Evangelio de Cristo, que es la voluntad de Dios, que toda persona escuche.

Cristo dijo: *“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.”* San Marcos, capítulo 16, versos 15 al 16.

Y así es como se comienza a hacer la voluntad de Dios: escuchando el Evangelio y recibéndolo como Salvador, al nacer la fe de Cristo en nuestra alma.

Cristo tiene mucho pueblo y los está llamando en este tiempo final, los está juntando en este Día Postrero en el cual estamos viviendo.

Todos queremos hacer la voluntad de Dios, todos queremos vivir eternamente; para lo cual se necesita tener vida eterna. Y el que tiene la exclusividad de la vida

Jesucristo; y luego Cristo lo bautiza con Espíritu Santo y Fuego, y produce en la persona el nuevo nacimiento.

De esto fue que le habló Cristo a Nicodemo en San Juan, capítulo 3, versos 1 en adelante cuando dice... Esto fue una entrevista que tuvo Nicodemo con Jesús, dice:

“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos.

Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.”

Aquí podemos ver el secreto para entrar al Reino de Dios; así como para entrar a este reino terrenal en el cual vivimos, tuvimos que nacer por medio de la unión de nuestro padre terrenal y de nuestra madre terrenal; y por eso es que estamos viviendo este lapso de tiempo terrenal en el cual nadie sabe cuándo tiene que dejar el cuerpo terrenal.

Nadie sabe cuándo tiene que dejar el cuerpo terrenal; por lo tanto, no tiene la preocupación de que va a ser mañana o pasado mañana, no tiene que desesperarse, porque el día lo tiene seguro. Unos viven minutos, otros viven horas, otros viven días, otros viven meses, otros viven años, y así por el estilo aquí en la Tierra. Y

todos debemos ser presentados a Cristo para que Cristo nos reciba en Su Reino, y por consiguiente tengamos asegurada la vida eterna con Cristo en Su Reino eterno. Porque la finalidad de recibir a Cristo es obtener la vida eterna; y por consiguiente, entrar a Su Reino eterno para vivir con Él por toda la eternidad.

La vida eterna muchas personas la han buscado en diferentes formas. Hasta los conquistadores pensaban que había un lugar de agua, ya sea un manantial o algo así, que el que tomaba de esa agua obtenía la inmortalidad.

Es que en Apocalipsis, capítulo 22 y en el capítulo 21 también, nos habla de una fuente de agua de vida; y Cristo le habló a la mujer samaritana de una fuente que salta para vida eterna, en el capítulo 4 de San Juan. Veamos lo que le dice la mujer samaritana a Jesucristo en esa ocasión. Capítulo 4, verso 10 dice, de San Juan:

“Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.”

Y el verso 13 al 14 de este mismo capítulo 4 de San Juan, hablando con la mujer samaritana, le dice Jesús:

“Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;

mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”

No le estaba hablando de agua literal, sino que le estaba hablando del Espíritu Santo que recibirían los que creerían en Él. Por esa causa, en el capítulo 7, versos 37 al 39, de San Juan, dice:

“En el último y gran día de la fiesta (esto fue en la fiesta de tabernáculos), Jesús se puso en pie y alzó la voz,

plenitud,

y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”

Aquí podemos ver quién es Jesucristo: La imagen del Dios viviente, el cuerpo angelical de Dios, el cuerpo teofánico de Dios, llamado el Espíritu Santo y llamado también el Ángel de Jehová o Ángel de Dios, o Ángel del Pacto.

Y luego se hizo carne creando en el vientre de María una célula de vida, la cual se multiplicó célula sobre célula, y así se formó el cuerpo llamado *Jesús*, el cual nació y en el cual moró Dios en toda Su plenitud.

El cuerpo físico de Dios, la semejanza física de Dios, es Jesucristo en Su cuerpo físico, el cual ya está glorificado. Y la imagen de Dios es el cuerpo angelical de Dios, que es Cristo en Su cuerpo angelical, llamado el Ángel del Pacto o Ángel de Jehová o Ángel de Dios.

Ese es mi Salvador, ese es el que tomó nuestros pecados y murió por nosotros en la Cruz del Calvario para librarnos del pecado y de la muerte, y darnos vida eterna. Esas son las personas que lo reciben como único y suficiente Salvador en el tiempo en que les toca vivir en esta Tierra; esas son las personas de las cuales Cristo, y a las cuales Cristo representa en ovejas, en San Juan, capítulo 10, versos 27 al 30, cuando dice:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.

Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.

El Padre y yo uno somos (‘Mi Padre y yo una cosa

*trasladado al reino de su amado Hijo,
en quien tenemos redención por su sangre, el perdón
de pecados.”*

Nos ha trasladado... nos ha librado del reino de las tinieblas, del reino del maligno, y nos ha trasladado al Reino de Su amado Hijo, de Jesucristo.

Físicamente vivimos en este reino terrenal, pero espiritualmente vivimos en el Reino de Cristo, que está en la esfera espiritual. Y cuando tengamos el cuerpo nuevo glorificado, entonces físicamente estaremos en el Reino de Dios; y por eso estaremos también con Cristo en el Reino Mesianico de mil años, y luego por toda la eternidad.

Por eso es que también estaremos con Cristo, seremos llevados con Cristo a la Cena de las Bodas del Cordero, en el rapto o arrebatamiento de Su Iglesia.

“El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.”

La imagen es el cuerpo angelical, llamado también espíritu, el Espíritu Santo; y también el cuerpo físico de Dios es Jesucristo en Su cuerpo físico, el cual ya fue glorificado.

“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.

Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten;

y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia;

por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda

diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.

El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.

Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”

Y ahora, aquí muestra al Espíritu Santo como un río de agua viva, un río de agua viva que le trae y le da vida eterna al ser humano; porque la promesa es que Él derramaría del Espíritu Santo sobre toda carne, sobre todos aquellos que invocarían el Nombre del Señor. *“Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo,”* dice Joel, capítulo 2, y el libro de los Hechos, capítulo 2.

Eso fue lo que comenzó a recibir los creyentes en Cristo el Día de Pentecostés, lo cual había sido prometido que Él enviaría sobre Sus discípulos.

Y así como el Espíritu Santo vino sobre Jesús, vendría sobre los creyentes en Él; y así se produciría el nuevo nacimiento en cada creyente en Cristo, cada persona que lo recibiría como su Salvador, habiéndolo reconocido como el Redentor que pagó el precio de la Salvación en la Cruz del Calvario.

La única Sangre que podía quitar el pecado era la de Jesucristo, era la Sangre de Dios. La sangre de los demás seres humanos estaba contaminada; pero la Sangre de Cristo, siendo la Sangre de Dios, era la única que podía ser derramada y quitar el pecado del ser humano. Por eso la Escritura dice: *“La Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.”* [Primera de Juan 1:7]

Por eso, es que en tipos y figuras se sacrificaban animalitos en medio del pueblo hebreo, desde Adán en adelante, los cuales tipificaban a Cristo en Su Primera

Venida y Su Sacrificio en la Cruz del Calvario. Por eso ya no se requieren sacrificios de animalitos por el ser humano, porque fue efectuado el Sacrificio perfecto de Cristo en la Cruz del Calvario. Sigue diciendo acá, en Apocalipsis, capítulo 21, versos 5 al 7:

“Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.

Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.”

La fuente del agua de la vida eterna. Cristo es la fuente, y el agua es el Espíritu Santo; y los que tendrían sed ¿quiénes serían? Nosotros. Sed del agua de vida eterna, sed del Espíritu Santo. Por eso también en Apocalipsis, capítulo 22, versos 16 al 17, dice:

“Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.

Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.”

El agua de la vida es el Espíritu Santo; la fuente del agua de la vida es Jesucristo; y los que tendrían sed de esa agua de vida eterna, del Espíritu Santo, serían todos los que lo recibirían como su único y suficiente Salvador, y que vendrían a formar la Iglesia del Señor Jesucristo.

Por lo tanto, esas son las personas que siempre harían lo que le agrada a Dios; porque nacerían del Cielo. Porque el nuevo nacimiento es celestial, no es terrenal; aunque se efectúa aquí en la Tierra, es celestial. Por eso en Filipenses, capítulo 3, versos 20 al 21, dice:

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo;

el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.”

Ahora, aquí nos dice que nuestra ciudadanía está en los Cielos. Cualquiera persona podrá pensar: “No, mi ciudadanía está en el país donde yo nací.” Esa es su ciudadanía terrenal; pero el que ha nacido del Agua y del Espíritu, del Evangelio de Cristo y del Espíritu Santo: ha nacido del Cielo, y por consiguiente tiene esa ciudadanía celestial, esa ciudadanía que ha obtenido por medio del nuevo nacimiento.

Y esas son las personas que siempre están haciendo lo que le agrada a Dios, como Jesucristo hacía lo que le agradaba a Dios. Lo que le agradaba a Dios estaba en la Escritura: cumplir lo que la Escritura decía; y por consiguiente, lo que está en la Palabra de Dios es lo que a Dios le agrada que nosotros hagamos. Por lo tanto, estemos siempre haciendo de acuerdo a como dice la Palabra de Dios, y estaremos haciendo lo que le agrada a Dios.

Dios está efectuando una creación celestial, por lo cual San Pablo dice que Cristo nos ha colocado en lugares celestiales; o sea, que estamos sentados con Cristo en lugares celestiales. Estamos en el Reino de Cristo, el Reino del Señor, al cual hemos sido trasladados, como nos dice San Pablo en Colosenses, capítulo 1, verso 12 al 15, dice:

“...Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y